



## Misa del Gallo

24 Diciembre 2007

La Palabra de Dios, proclamada en esta noche de Navidad, nos presenta a Jesús como luz y paz del mundo.

En un tiempo de pruebas para el pueblo de Israel, el profeta Isaías le anuncia que le será dada una luz grande, que iluminará sus tinieblas; en esperanza la ve ya presente: *“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande, habitaban tierra de sombras y una luz les brilló”*.

¿Por qué esta luz? *“ Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”* como Consejero y Príncipe de la Paz, para dilatar y consolidar el reino de David con la justicia y el derecho para siempre. Gracias a él, la paz no tendrá fin.

La luz del príncipe de la paz es una luz de salvación, que trae alegría y esperanza; se trata de una obra a realizar por Dios a favor de su pueblo, por la cual el profeta confiesa: *“Acreciste la alegría, aumentaste el gozo”*.

Esta profecía de Isaías (9,1-6) puede verse en relación con su anuncio anterior al rey Acáz de la gran señal que Dios por su cuenta dará a la casa de David: *“Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros”* (Is 7, 10-14). Ambas profecías, releídas a lo largo de la historia de Israel, fueron interpretadas en referencia al nacimiento del Mesías esperado.

La iglesia, desde el principio, ha visto cumplidas estas dos profecías en el nacimiento de Jesús. Respecto de la profecía del Emmanuel, su cumplimiento en la Virgen María y Jesús se declara explícitamente en el Evangelio de Mateo. Después de narrar el anuncio a José del nacimiento virginal de Jesús, por obra del Espíritu Santo en María, se dice explícitamente: *“Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por el Profeta: Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros”* (Mt 1, 22-23).

En el texto hoy leído del Evangelio de Lucas se anuncia el nacimiento de Jesús con el signo de la luz y la imagen de la paz. Cuando el ángel se presenta a unos pastores que velaban de noche *“la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor”*.

Los pastores se llenaron de gran temor, porque esta luz era un fenómeno extraordinario, algo completamente inesperado, que manifestaba una intervención divina. Pero el ángel les dice: *“No temáis”*. Dios sólo nos trae la luz y la paz, fuentes de la verdadera alegría. *“No temáis, os traigo una buena noticia, una gran alegría para*



*todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”.*

Vemos aquí el cumplimiento de la profecía de Isaías, que decía: Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, lleva el cetro del principado. Este niño es Jesús, el Mesías Hijo del Altísimo, destinado a reinar sobre el trono de David, tal como lo había anunciado el ángel en la Anunciación a María (cf Lc 1,32-33).

Este niño ha nacido precisamente en el país de David, en Belén. Por el desarrollo normal de los hechos no debía nacer allí, sino en Nazaret, donde vivían María y José. Sin embargo, causas providenciales hicieron que el parto tuviese lugar en Belén.

No poder dar a luz en su propia tierra y en la propia casa era una circunstancia desfavorable y dolorosa. María y José ni siquiera habían encontrado alojamiento en Belén, a donde habían venido a censarse, obedeciendo el decreto del emperador Augusto. Así el nacimiento de Jesús en Belén es signo de pobreza, a la vez que representaba el cumplimiento de la gran señal prometida por Dios en Isaías y de la profecía de Miqueas, que anunciaba que el Mesías debía nacer en Belén, para manifestar que era el hijo de David y heredero de su Reino.

Pero este mismo significado real contrasta fuertemente con las palabras del ángel a los pastores: *“Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”*. El Mesías Jesús, el Señor y Salvador, es un niño pobre, que no tiene ni una cuna; está acostado en un pesebre para animales. De este modo se cumple el designio de Dios en unas circunstancias desfavorables, a través de las cuales se manifiesta desde el principio que Jesús no vino a asumir un poder humano con majestad y con fuerza, sino que quiso compartir nuestra existencia humana, en la forma en que la viven las personas más humildes y pobres. Y así da un fundamento más firme a la esperanza humana en cualquier circunstancia, por más desfavorable que ella sea.

Este Mesías pobre es el don más extraordinario del amor de Dios, que envuelve de claridad la vida de quienes caminan en tinieblas. El egoísmo encierra a los hombres en la búsqueda afanosa de los propios intereses y da origen a todos los conflictos e injusticias, que hacen del mundo una tierra de sombras.

El niño pobre del pesebre es el don de la paz luminosa de Dios para los hombres a los que ama. De este don ha hablado también la segunda lectura, en la que el apóstol Pablo proclama: *“Ha aparecido la gracia de Dios”*, o sea, el amor gratuito y generoso de Dios, su misericordia entrañable. De este amor ha escrito el evangelista Juan: *“Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna”* (Jn 3, 16). Y el propio Jesús afirma en otro lugar del mismo Evangelio: *“No he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo”* (Jn 12, 47)



Carlos López Hernández

El hombre es redimido por el amor incondicional de Dios, que no puede ser destruido ni siquiera por la muerte. De la experiencia de este amor surge su esperanza cierta de que nada ni nadie podrá separarle del amor de Dios, manifestado en Jesús, Mesías Salvador (Ro 8, 38-39).

La salvación por el amor lleva consigo la abolición del mal, la renuncia “*a la vida sin religión y a los deseos mundanos*”, y la enseñanza para vivir con sobriedad, justicia y piedad, esperando “*la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo*”. Este hombre religioso salvado por el amor es la manifestación permanente de la gloria de Dios que se reveló en Jesús, nacido hombre en Belén.

La aparición humilde de Jesús en la Navidad prepara la manifestación de la gloria de su amor divino, que colmará de vida plena y de alegría todos los corazones. Jesús vino y “*se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y para prepararse un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras*”.

Acojamos esta Noche la luz, el amor y la paz del Mesías Salvador. Reavivemos nuestra esperanza, porque Dios está presente en el mundo para ser en cualquier circunstancia Emmanuel para nosotros, Dios siempre con nosotros, hecho hombre para compartir nuestra existencia e iluminarnos y acompañarnos en nuestro camino.